

falibilidad de la Iglesia y del Vicario de Jesucristo. Si dejando aparte las preocupaciones anticipadas os ateneis al sentido óbvio, claro y luminoso del Evangelio, vos también. . . .

—No sucederá nunca.

—Sucedirá indudablemente.

Mistress Needle se levantó con ímpetu, conteniendo su mal oculta cólera, y exclamando:—Lo había previsto desde que comenzasteis. En estas disputas nada se logra . . . se perturba la quietud de la casa, escandalízase á las almas sencillas (decíalo por sus pequeñas), y nada más.—Tomando de la mano á Clara y Clemencia, las llevó consigo, á de fin darles una lección muy viva contra el Papa y el papismo, preservándolas así de las herejías que oyeran de Julia y de John. Más éste, como si no hubiese advertido el estado de su madre, dijo á la joven con estudiada indiferencia.—Señaladme los pasajes del Evangelio que hablan de la infalibilidad.

Julia fué por su Biblia. Las señales estaban lindamente puestas, por haber estudiado los textos en los días anteriores. Puso además otra, no pedida por John. ó sea el opúsculo de Cercia. *La palabra de la Biblia á los verdaderos creyentes*, que

habíanle mandado de Nápoles, y que trata de este punto de un modo doctísimo á la vez que popular. Hizo que John leyera varios pasajes del librito, diciendo:—Vedlos; confrontadlos con la Biblia y con su contexto. Advertireis que Jesucristo prometió y confirió á San Pedro la jurisdicción sobre toda la Iglesia; que el Obispo de Roma es sucesor de Pedro y legítimo heredero de su jurisdicción; que ésta comprende la enseñanza y el magisterio infalible de la fe; leereis muchas cosas más, demostradas con el vivo Verbo de Dios, y con evidentes raciocinios que no admiten réplica. Sólo resta que entre una página y otra eleveis los ojos al cielo.—

Nada más dijo Julia. Aunque John no respondió, parecióle que aquellos pasajes, leídos rápidamente, brillaban con una luz terrible. Le temblaba el corazón en el pecho y la mano al tomar la Biblia y el libro que alargábale la napolitana. Había poco antes asegurado su firmeza inquebrantable, y sin embargo no podía alejar de sí un presentimiento de su derrota, ó, mejor dicho, de su triunfo

LXVIII.

LOS PREPARATIVOS DE LA LUCHA.

Tres días después de la fiera escaramuza sostenida en el jardín, llegó un voluminoso fardo de libros para John Needle. Habíalos encargado por el telégrafo la tarde anterior á la disputa. Así decía el parte telegráfico, expedido á uno de los librerros católicos de Londres más provistos: "Escójanse los mejores libros de controversia religiosa: Milner, Neuman, Wiseman, Oakeeley, Palmer, Ullathorne, Manning y otros semejantes. Hasta treinta esterlinas que recibireis mañana por el correo. Expedirlos incontinenti á la estación más próxima á Parque Verde, cerca de Newcastle, Northumberland.—John Ne-

edle." Como debían, los servidores lo llevaron todo á las elegantes habitaciones de su señor. Hízolos John colocar en estantes sueltos que llegaran de Newcastle en el día precedente, llenáronse completamente, sin sobrar ni faltar. Fué uno de los primeros actos de señorío con que inauguró su mayor edad.

Después que todo estuvo perfectamente arreglado, según costumbre, invitó la Nedle á Julia para que viese la flamante adquisición. La señora se fijó sólo en las encuadernaciones y en los títulos, para no apesadumbrarse por haber descubierto incontinenti qué libros seran aquellos. Julia, por el contrario; recorrió con gozo los títulos, y gozóse mucho, esperando tener en adelante una librería completa. Habiendo visto un opúsculo de Allies sobre la *Cátedra de Pedro, fundamento de la Iglesia*: —¡Oh! dijo á John, aquí está vuestro caso enteramente.

—¿Cómo lo conocéis? preguntó John.

—Lo he visto y leído todo en Nápoles, donde se tradujo y se imprimió. Regálomele un canónigo de la catedral que frecuentaba nuestra casa y sabía que me deleitaban estos estudios.

—¡Oh! ¿Por qué os deleitabais con la con-

troversias religiosas, sin embargo de estar adherida, cual el pólipó á las rocas, á vuestros principios religiosos?

—No es ni pecado venial esclarecer cada vez más las propias convicciones, y reconocer los fundamentos inconcusos de las verdades profesadas. Al internarnos los católicos en tales estudios, la fe se ilumina y resplandece de modo que la creencia en la religión se transforma en una necesidad y en un gozo, como es un gozo y una necesidad ver en el cielo la verdad sin velos. Se ve llover la luz de todas partes, y los misterios más profundos cesan de repugnar á la inteligencia; porque desaparecen las contradicciones, forzándonos á su admisión la evidencia extrínseca con que los revela la veracidad divina. Espáciase la mente por las innumerables prácticas de la Religión, y do quiera, comenzando por el sacrificio de la Misa y concluyendo por el escapulario de la Virgen, descubre tesoros de sublimidad y de belleza, en los cuales se inflama el corazón y se detiene á su placer con quietud inmensa. ¿Os parece poco el fruto que se saca estudiando la propia religión?

El joven decía en el ínterin para sus adentros: "Por el contrario, yo, á medida que más estudio el protestantismo, lo en-

cuentro más inconexo, interrumpido, ilógico, absurdo." Repuso sin embargo:

—¿No entra en lo que decís un poco de fantasía también?

Respondió Julia sólo con una sílaba:—No.—Habiéndose puesto á hojear algunas obras, indicaba los argumentos de los capítulos que iba encontrando:—Mirad esto.—Leed aquí.—Observad cuán claramente trata el asunto.—Cuántas dificultades me propusisteis otras veces, las hallareis en sus sitios, corroboradas con las más especiosas razones, y propuestas con energía terrible; mas luego, con mucha mayor lucidez de discurso, resueltas, destruidas, aniquiladas.

—Por ejemplo, dijo John: ¿no hay nada sobre el primado de San Pedro?

No quiero privaros del gusto de ver por vos mismo lo que más os plazca, respondió Julia. Sólo teneis que mirar los índices y escoger. Donde quiera que pongais la mano, os persuadireis de que los mismos que antes de convertirse más furiosamente asaltaban el Papado, fueron después sus más ardientes campeones para mantener sus prerrogativas. Vamos, señor John, procurad leer sin espíritu de partido: de cada página saldrán chispas y rayos de luz. Vendrá

un momento en que vereis clarísimamente de un modo suave y alegre vuestra obligación de inclinaros ante el Sucesor de San Pedro y reconocer su autoridad sobrehumana, pareciéndoos dulce cosa bendecir á Dios por haber encendido en medio de la humana sociedad un faro indefectible de luz divina.

No necesitaba John tales excitaciones, porque, precisamente para poner término á sus perplejidades, habiase determinado á entrar en el mare magnum de las controversias romano-protestantes; á fin de hacerlo con mayor comodidad, habiase provisto de tratados católicos, teniendo ya una riqueza de tratados protestantes, por donativos de su madre. De todas las cuestiones que aún le tenían en suspenso, la más grave y decisiva versaba sobre la supremacía papal y los privilegios que lleva consigo. Al debatir en Florencia de religión con sir Roberto Smith, habiase recomendado no dar paso alguno á la ligera, y no resolverse á declararse católico sino después de ahondar en el asunto y sentirse convencido hasta el extremo de creerse capaz de morir para sostenerlo.—Una vez palpado lo firme del fundamento éste, decía Smith próximo á espirar, os sentireis cató-

lico, apostólico, romano, papista y *archipapista*, maravillándose, como me maravillo yo, de no haber comprendido al vuelo una verdad tan profunda y fácil al mismo tiempo.

John, bien provisto de obras excelentes, no tenía necesidad de recurrir á Julia. A su placer navegaba por aquellas aguas copiosas, bebía de ellas á raudales, y apagaba su sed completamente con grandísimo gusto. Su madre, que apenas le veía, mostraba un humor más negro que nunca, y hacía peores presagios cuanto menos hablaba el hijo de religión. Si alguna vez debía conversar con él, estaba cierta de hallarlo en su estudio de las nuevas habitaciones, aunque antes quedábase con placer en las estancias de la familia. Allí pasaba John las horas muertas, ya sentado junto á su mesita, teniendo delante multitud de escritos y de obras, ya midiendo á breves pasos el salón principal con carterá y lápiz, ya de pie junto al vano de una ventana, con las manos cruzadas sobre el pecho, inclinada su faz, y meditabundo.

Pasó poco tiempo antes de que su madre hiciese un descubrimiento dolorosísimo. Había John sacado de sus estantes un buen número de libros, confinándolos, sin

escrúpulo de ninguna laya, en un rincón muerto, y sustituyéndolos con libros papistas que iban llegando en cajas hermosas. A fin de que su pena fuese mucho mayor, un día encontró colocado sobre una cómoda del estudio un precioso Crucifijo de bronce dorado; para la oportuna simetría puso delante, precisamente donde había ella hecho suspender una vista del Vesubio, una devotísima *Mater amabilis*, al óleo, copia fiel de un Sassoferrato. Mal se podría decir qué presentimientos fatales traspasaron el corazón de la infeliz mujer por estas novedades. La misma mudez de John, que antes disputaba tan frecuentemente con Julia, parecíale indicio de alguna mina que se cargaba en el silencio, para que con sumo fragor estallase. Tardó poco la revelación del secreto, si de secreto se podía calificar un designio que por tantos caminos se manifestaba.